

Miguel se escribe con M de merengue

Inmaculada
Díaz
Benítez

Dibujos de
Detrás





Miguel se escribe con M de merengue

Cuando mi mamá entró en mi cuarto, tenía los ojos enrojecidos; yo me arrebujé en las mantas y me preparé para lo peor.

–Hijo, ¿duermes? –preguntó con voz temblorosa.

–No, mami. –Y saqué la nariz, a modo de periscopio.

–Tengo que decirte algo. –Se sentó en el borde de la cama y empezó a revolverme el

flequillo—. Óyeme. Papá y yo hemos pensado... —Las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara—. Miguel, eres un hombre. —En ese momento me ascendió, antes era su «niño»—. Y no pasa nada si durante unas semanas estamos separados, ¿verdad?

 Mi corazón parecía haberse detenido, y deseaba saltar en mil pedazos al segundo siguiente. ¿Qué habrían pensado para mí?

 —No —conseguí decir, pero no creo que me oyera.

 —Como ya sabes, no puedes acompañarnos —continuó mamá, más tranquila—. Papá tiene que dar esa conferencia y yo debo ayudarle. Un hotel no es el mejor sitio para un niño durante dos semanas. —¿Quién la entendía? En ese momento volvía a ser un niño otra vez—. Si la abuela Clara estuviera aquí, te podrías quedar con ella, no perderías las

clases y sería lo mejor, pero... la abuela está con tía Celia en el hospital y nadie puede atenderte, así que, hijo... –suspiró–, te llevaremos con los abuelos de Pozoalbero.

–¡Zambomba! –Salté de la cama, seguro de que el corazón se me había hecho pedazos–. ¡Mami! –supliqué–. Allí no... A ti tampoco te gusta ese sitio. ¿Cómo eres capaz de dejarme? Mamá, mamá, por favor...

–Lo siento, no hay otra solución.

Se levantó, me dio un beso y salió del dormitorio.

¡Tierra, trágame!

Me tapé con las mantas. Quería estar en el fondo de una cueva, en el fin del mundo. Seguro que ni habían intentado encontrar otra solución; lo más fácil era quitarme de en medio y mandarme bien lejos... ¡A ese dichoso Pozoalbero!

Con los ojos cerrados, empecé a imaginar qué harían papá y mamá si por la mañana yo me hubiese esfumado. ¿Y si me encontraban muerto de terror? ¿Les remordería la conciencia? Debía pensar algo serio. ¡No sobreviviría! ¡No podría resistirlo!

Con la cabeza llena de estrafalarias ideas, me dormí y, cosa extraña, no tuve pesadillas.

Mamá estaba en la cocina, atareada con el desayuno.

—¡Buenos días, Miguel! —me abrazó y me hizo cosquillas—. ¿Has dormido bien?

—Mami, ¿anoche estuviste en mi cuarto?

—¡Claro! —Ella sonrió.

—Quiero decir... que si lo de irme al pueblo lo he soñado o es verdad.

Esperé con la última esperanza de los condenados a muerte.

—Siéntate y escucha bien lo que tengo que decirte. —Mamá ya no sonreía—. Miguel, tú sabes que a mí no me gusta el pueblo; siempre vamos para ver a los abuelos, de visita, y, para no molestarlos, solo estamos unas horas. Nunca he querido que pases allí las vacaciones porque no creía que la abuela tuviese ganas de cuidar a un pequeño; ni ganas ni fuerzas. Me atemorizaba la idea de que te pudieras alejar de casa y vagar por los campos sin vigilancia. Ellos lo ven normal, pero para mí era terrible pensar que te pudieras perder, cortar, caer... ¡yo qué sé! Por otro lado, no hay médicos cerca... Pero ahora ya eres mayor, tienes nueve años, sabes cuidar de ti y no necesitas vigilancia especial. Además, piensa en los quince días de vacaciones que te vamos

a regalar..., aunque habría que hablar con tu profesor para que te deje indicadas algunas actividades y temas...

Yo la escuchaba con la mirada fija en el zumo de naranja. Me había tentado lo de las vacaciones y casi había bajado la guardia, pero lo había estropeado todo con lo de las actividades. A la mitad de la tostada, ya había reflexionado lo bastante como para tomar mi decisión: no estaba dispuesto a ir a ese pueblo. Tenía nueve años y no quería desperdiciar dos semanas de mi vida encerrado en un pueblo de mala muerte. ¡No! Si seguían en su idea, yo no hablaría ni una palabra más. Haría una huelga silenciosa.

—¿No dices nada? —preguntó mamá—. ¡Vaya! Creí que tenía un hombre en casa y ahora he descubierto que tengo un pequeño gallina.



«¡Oh, mamá! ¡Qué cosas dices!», pensé mientras los ojos empezaban a picarme de forma alarmante. «Siempre adivinas lo que siento; es verdad, tengo miedo de vivir con esas personas que apenas me conocen. ¿Quién me va a tapar por la noche? ¿Quién jugará conmigo? ¿Y si me da la tos de la alergia o sangro por la nariz? Seguro que ni tienen algodón. ¡Ni siquiera habéis pensado en mis pesadillas! ¿Cómo voy a llamar al abuelo para que me abrace como lo hace papá? ¡Se reiría de mí!».